

¿Sueño? Soñando una vida

Marieta mira a su izquierda sin miedo, sin prisa, sin perder el aliento, a las sombras que acechan tras la pared. Marieta tiene nueve años y se siente muy mayor para su edad. No cree ya en los fantasmas, ella ya es mayor para esas cosas: sabe sin duda que eso son cuentos para niños, para que se asusten de seres imaginarios y no se asusten de *las otras cosas* cuando se las encuentren. Y es a esas *otras cosas* a las que Marieta no quita el ojo de encima en ningún momento.

Marieta mira de lado, siempre mira de lado, con esos ojazos redondos como inmensas tartas de cumpleaños, ojos de un delicioso color chocolate como es muy raro encontrar hoy en día, son tan grandes, expresivos e inabarcables que cada uno por separado parece un ser vivo completo.

Hoy Marieta va muy elegante, pero porque ella ya es mayor y no quiere ir como una niña, llena de colorines estridentes como si fuera un árbol de Navidad, árbol que, por otra parte, le encanta decorar, todo hay que decirlo. Lleva puesto un abrigo con cinturón, con forma de gabardina, como los trajes de los detectives privados en blanco y negro, pero éste es mejor, tiene un tacto de piel de melocotón, que dan casi ganas de hincarle el diente, y tres enormes botones redondos como las galletas que tanto le gusta desayunar. Pero lo mejor de todo es el color: un azul cyan delicado, tan ligero y luminoso que parece que no es de tela, sino más bien de aire cortado a medida, como una clara brisa de montaña.

Debajo de la brisa hecha abrigo se esconde un vestido de falda crochet, como si fuera punto de abuela, de un azul apagado, como el mar cuando se mira de refilón, al verlo desde un coche a gran velocidad. A juego con el vestido lleva una bufanda muy larga y muy tupida, que se le enrosca en el cuello como una serpiente de peluche muy amiga, que ella cree recordar que tuvo cuando contaba dos años, aunque de eso apenas se acuerda ya. La bufanda acaba en hilos de tela como pelos de melena de camello, y eso es muy bueno porque cuando salga a la calle, que seguro que hará frío, se la enrollará aún más y no tendrá que ir castañeteando los dientes de camino a casa.

Aunque..., ¿Por qué Marieta la lleva puesta dentro del colegio? Quizás sea porque cuando *las otras cosas* se reúnen tras la pared, y ella sabe seguro cuándo se reúnen, porque ve sus sombras escurrirse entre las maderas, siente un frío glacial que se extiende por toda la sala y le llega muy dentro, aunque, como ahora, lleve el vestido como mar, el abrigo como brisa y la bufanda como serpiente.

Marieta se encuentra en clase, pero es como si no estuviera, porque está ahí, parada, apoyando la espalda contra la silla de madera, como si intentara confundirse con sus tablas marrones, brillantes por el barniz. Marieta está ahí, quieta, porque se halla inmersa en uno de esos momentos en los que no sabe si ir hacia delante, dar un paso a la derecha, o dar otro a la izquierda, o caerse hacia atrás, así que decide que lo mejor es estar quieta.

Sabe muy bien lo que pasa, sabe que *las otras cosas* están detrás de la pared, cuchicheando, y que cuando están cerca nada puede darse por seguro. Marieta ve las sombras y oye los cuchicheos, y ya sabe que *están* alrededor. Por alguna razón Marieta no les cae bien, de ahí que a ella tampoco le hagan mucha gracia, y no les sonrío cuando pasan junto a ella, aunque eso casi nunca ocurre. Ella es honesta, sincera y firme, y siempre va dando la cara, por lo que las sombras no suelen toparse con ella de frente cuando pasea por los pasillos.

Comprende que no debe entrar en sitios oscuros si sabe que *ellas* estarán allí, porque es en la oscuridad donde son más fuertes. También sabe que *ellas* pueden cambiar las cosas de sitio a su voluntad.

Si *las otras cosas* se fijan un objetivo no hay nada que hacer, los días se vuelven más tristes y sombríos... pero ella va a encontrar la manera de pararles los pies, no sabe aún muy bien como hacerlo pero va a poner todo su empeño en ello; puede que le pida ayuda a su vecina Leticia, ella tiene una imaginación desbordante y es muy decidida. Juntas dan rienda suelta a su agudeza en las tardes de verano, el escenario perfecto de aventuras de princesas tontorronas, dragones con personalidad o héroes en leotardos...

El timbre le devuelve a la realidad y al fondo ve la cabeza de su madre sobre las de los niños que salen despavoridos, acercándose con dos paraguas en la mano, porque está lloviendo y por la mañana se olvidó coger el suyo. Marieta no responde a los saludos, sólo parece mirar hacia un rincón de la pared. La madre mira también allí, y claro, no ve nada, sólo un rincón oscuro y con polvo, pero es que ella no sabe mirar tan bien como Marieta. Cuando la ve así le pone la mano en la frente y especula sobre si se habrá vuelto a constipar, pero no, Marieta sabe el motivo de su preocupación. Así que la madre, sin más dilación, le coge la mano y la saca de la clase. Ella se siente un poco más tranquila al saber que volverá a los espacios abiertos y a las calles empedradas, llenas de un bullicio reconfortante, por las que caminarán hasta llegar a casa, pero no puede evitar la tentación de lanzar una última mirada atrás. Era la última niña de la clase, así que el lugar queda desierto, lúgubre y silencioso... ya no queda nadie más... bueno, sí, quedan *ellas*, las *otras cosas*, en el pequeño rincón junto a la pared... y le saludan mientras ella se va... y antes de que la puerta se cierre tras Marieta, ella siente un susurro que le eriza los pelos de la nuca... Entonces Marieta se suelta de su madre, abre de nuevo la puerta y saca la lengua hacia el rincón de la pared, oscuro y polvoriento. Y así, mientras vuelve con su madre, piensa que por hoy ya les ha demostrado quién manda aquí...

A cientos de kilómetros de esa escena y a miles de horas y días de ese momento, en una cálida mañana de domingo, un matrimonio y su hija acompañan a una anciana que sentada en un cómodo sillón frente a la ventana, contempla tranquilamente el paisaje y en cuyo rostro se acaba de dibujar una sonrisa valiente.

En ese instante la niña tira fuerte del brazo de la mujer que reposa en el sillón de terciopelo granate, - ¡Alicia!- le riñe su madre, - deja a la abuela tranquila -. - Pero mamá...- , responde la pequeña, - yo creo que la abuela está dormida..., ¡hay que despertarla! -. La madre resignada le coloca un mechón rebelde de su melena castaña, mientras le empieza a explicar cuidadosamente, - cielo..., ya sabes que la abuelita sufre una enfermedad que le hace olvidarse...-. El padre la interrumpe con un ligero carraspeo y responde con voz serena y misteriosa, - cariño..., la abuela no está soñando, la abuela Marieta está disfrutando de nuevo de pasajes de su vida, viviéndolos a su manera y recordando las aventuras que han ido escribiendo toda su memoria.